

más triste que los ojos del payaso; un Danubio Azul ejecutado con trompeta acompaña el balanceo de la trapecista. Por último, su carácter precario, el piso de aserrín, los asientos de madera. Se entenderá que hablo de aquellos pobres y maravillosos circos de la niñez. No veíamos su pobreza. La maravilla era que llegaban y se iban; nos dejaban temblorosos de ilusiones, pero se iban.

La langosta, que todo se come, como un Mal enviado del cielo, aunque anuncia metafóricamente esa pendiente por la que un mundo de armonía se quiebra hasta quedar relegado en el recuerdo. Carlucho no es hijo apresurado de la época. Su ritmo interior paraliza el movimiento loco de afuera. Es un hombre que piensa antes de contestar una pregunta; le toma su tiempo ponderar el pro y el contra, aun para responder a la pregunta de Nacho: «¿qué animal le gustaría ser?»

Carlucho posee, en suma, el honor del juicio calmo. Todo lo que dice, o al menos muchas de sus reflexiones, corresponden a pensamientos que Sábato ha expuesto en su obra de ensayista. Cambia el lenguaje, la perspectiva no intelectual de los asuntos, pero en el fondo es lo mismo. Salerno es un Sábato que trata de parir la teoría con más sensatez que conocimiento. Yo diría que es Sábato instalado en su tallercito.

Me pregunto también si Carlo Américo Salerno no resume las últimas reservas contra el Nuevo Fetichismo que Sábato denunció en *Hombres y engranajes*, la gran ilusión del progreso, el paraíso mecanizado, y otros temas vinculados con el «adelanto».

La presencia de Nacho niño, como interlocutor (¿o como discípulo?) de este sencillo sabio, abre una esperanza. Salerno aparece como uno de los últimos representantes de un mundo destinado a desaparecer, ya desaparecido; alguien fuera de serie. Pero allí está Nacho que, con el correr de los años, hará un absoluto de su hermana y deberá sufrir por ello las consecuencias de la ruptura. Al escoger la vida y rechazar el suicidio, pese a sus objetivos aún muy confusos, ¿no ha contado Nacho con el lejano aliento de Carlucho?

Salerno resume, por contraste, el derrumbe de nuestro tiempo, e indirectamente está responsabilizando a la Razón y al Dinero. Todo su pensamiento humanista podría sintetizarse en la reflexión sobre los zapatos: ¿«Para qué necesita tre o cuatro pare si no tenemos más que do pie?»

*Se hacen matar por las ideas o las ilusiones que les dan una razón para vivir. Camus.*

La admiración de Sábato por Ernesto *Che* Guevara, queda plasmada en la carta que envió al Comandante a La Habana el 1 de febrero de 1960, y que Guevara respondió el 12 de abril del mismo año (4). En *Abaddón*, Sábato ha querido rendir un homenaje a un hombre que, con su muerte, crea también un absoluto. Morir por las ideas que a uno lo sostienen cierra un acto donde no quedan resquicios para escapes de ninguna clase. Es un acto «sellado» total. Cuando se siente bajo los talones «el costillar de Rocinante»; cuando se reitera una y otra vez la despedida de las cosas mundanas para luchar por la justicia de los hombres, por su derecho a satisfacer las mínimas necesidades materiales; cuando se elige matar o ser muerto en esta lucha, respaldado siempre por un honor inquebrantable, por un amor hacia el hombre que habrá de probar cada día y a cada instante; cuando se acaba, en fin, asesinado, como en este caso («Póngase sereno —le dijo a su asesino—. Apunte bien»), un valor absoluto se eleva siguiendo una línea vertical semejante al de las tragedias griegas después de la hecatombe. Un acto semejante *redime*, es decir, sirve como pauta; nos deja sin escape.

Al *Che*, como a los jóvenes rusos de 1905, que Camus llamó los asesinos delicados, no le han faltado las dudas y los escrúpulos hasta en plena lucha. Esto lo hace grande. No basta matar. Cualquier enfermo lleno de odio puede matar a los tiranos. Lo importante es la línea que va del corazón a la punta de la bala, porque ésta decidirá, en última instancia, la calidad del espacio que quedará libre.

Sábato dedica un largo capítulo a los últimos días del *Che*. Los héroes que mueren en la lucha evitan que, a su vez, nosotros nos muramos de vergüenza. Por encima de las ideologías, ellos van en nuestro lugar, haciendo lo que debimos hacer y no hicimos. Su acción es ejemplar porque asumen sobre sus hombros todo el peso de los siglos. Dejan todo y van tras la muerte. Ofrecen la vida por la causa del ser humano, y este acto extremo es incomparable. No se parece a ningún otro, y acaba con la terrible pureza del martirio. Su acción, paralizada por la muerte, crea una acción superior que se propaga. Sus enemigos se ensañan contra su cuerpo, pero cada herida abre una compuerta. Siente el dolor y ve llegar la hora de su muerte. El escritor sólo puede ser receptáculo de ese dolor y hacer que no se pierda.

---

(4) *Claves políticas*, Rodolfo Alonso, editor, Buenos Aires, 1971.

Hay otro mártir en *Abaddón*, alguien pequeño, sin la leyenda que rodea a Guevara, pero tan grande como él; un ser anónimo que la literatura puede eternizar y cuyo sacrificio crea también un absoluto: Marcelo Carranza, poderosa «porción» de Sábato, quizá una a las que más aspira.

«En Buenos Aires soy más conocido que las ratas», me decía Sábato durante su visita a Costa Rica. Sábato es un peleador, un pendero que salta como leche hervida ante la menor provocación. Su vida y su obra lo han condenado a ser controvertido. Está siempre en primer plano, en boca de todo el mundo. Es cierto que, por debilidad, acepta dar una conferencia en algún lugar que detesta; actúa quizá compulsado por la misma timidez que lo paraliza frente a un vendedor impaciente, como queda demostrado en aquel pasaje de *Abaddón*. Sin embargo, su «yo público» está marcado por cierta agresividad, firmeza, abundancia de argumentos sólidos, actitudes despiadadas. No hay que dejarse engañar. Marcelo es una muy seria aspiración de Sábato: el muchacho detesta la impresión de saber algo más que los otros, dar lecciones, explicar. Frente a él, Sábato se siente desnudo, confuso, incómodo, «como ante un tribunal a la vez bondadoso pero insobornable». En sus conversaciones termina siempre descontento. Es indudable que esa modestia, esa casi (aparente) insignificancia, avergüenza al escritor hasta el punto de comprender que está cometiendo con el muchacho un acto de violación. En presencia de una vida totalmente contraria a la suya, se siente desarmado.

Tiende un hilo firme entre el *Che* y Marcelo, quizá como homenaje al sacrificio callado, no sensacional, de los que son buenos y aman al hombre y, no obstante, ignoran el manejo de las armas o la utilización del lenguaje. Sábato envuelve a este muchachito en una honradez que no necesita de pancartas. Nada hay entre Marcelo y el mundo: ni teorías ni justificaciones. Buscando en él aprobación, Sábato no charla simplemente con el muchacho: se justifica. Si Marcelo pudiera decirle: «Usted hace bien, Sábato; es usted un gran hombre», el escritor se sentiría salvado, porque como buen extremista se ha pasado la vida yendo de un polo a otro. Y allí está ese chico cuyas palabras, plagadas de adverbios, atenúan sus verbos y sustantivos, hasta el punto de trasuntar una auténtica modestia insufrible; un espejo donde la imagen intelectual de Sábato se disgrega y hasta pierde sentido.

Apiadarse de esa autenticidad del muchacho y ponerle en las manos un inhalador para el asma, semejante al que usaba Guevara, es una manera de ser Marcelo y testimoniar que hay muchas maneras de ser héroe. Así como frente al mártir Guevara uno se siente empuerqueñado